

CAPITULO 1

Los Sinsontes no se Pasean, Cariño

CUANDO SE DAÑO EL LAVAPLATOS, una mujer dejó una nota para que su hijo adolescente la leyera después de que regresara del colegio: “Por favor lava los platos en el lavaplatos antes de que tu padre llegue a casa”. La mujer recibió una llamada en su trabajo: “Mami, no puedo lavar los platos. El lavaplatos está dañado”.

Esa es una historia real, y cada familia tiene por lo menos una semejante. Está la madre quien, al saber que su hija fue admitida en la universidad de Yale, exclamó: “¡Esta hija no puede ni clasificar la ropa de lavar! Tengo nueve meses para enseñarle todo lo que en realidad necesita saber”. O la madre cuya cena con invitados fue interrumpida por una hija casada que la llamaba de larga distancia: “¿Qué le añades al pollo para hacer una comida nutritiva?” O la estudiante de primer año en la universidad que se levantó después de su primera noche en las residencias universitarias, colocó **café** en la

parte superior de su recién comprada cafetera, puso agua en la jarra debajo, y esperó a que hirviera.

Nos reímos entre dientes con estas historias. Pero como padres, sin embargo, también podemos preguntarnos: “¿Sabrán *mis* hijos todo lo que necesitan saber cuando sean mayores? ¿Les estoy enseñando todo lo que necesitan aprender?”

¡Pero es muy *difícil* enseñarles! Se quejan. Perdemos el control. Tienen demasiado que hacer. *Nosotros* tenemos mucho que hacer. ¿Para qué molestarnos enseñando oficios domésticos cuando eso sólo los fastidia a todos?

Temprano, una mañana de primavera, me llevé una taza de té fuera a nuestro portal buscando un momento de paz y oración antes de comenzar a trabajar. Tenemos la bendición de vivir en una calle tranquila con un paisaje en el área central y un pequeño arroyo. Por eso, aunque estamos en la ciudad, veo flores y árboles desde mi mecedora. Esa mañana en particular, estaba observando las flores cubiertas de rocío, cuando un pequeño sinsonte se aproximó paseándose por nuestra acera. Detrás de él corría una sabia y determinada madre.

Como ella corrió y le dió un suave cabezazo, él aligeró el paso. Luego lo empujó más fuerte, y él corrió más rápido. Después ella retrocedió, corrió por la acera, y lo empujó tan fuerte que lo lanzó al aire. El pichón aleteó unas cuantas veces, y se dirigió hacia un cómodo crespón de arrayán.

Cuando aterrizó en una rama cercana, ella le prestó mucha atención, y luego lo empujó hacia afuera.

El voló de regreso a la acera, y reanudó su paseo.

Entonces la madre sinsonte se enojó, y graznando tanto como se lo permitían sus pulmones, voló y lo golpeó en la parte trasera con un sordo sacudimiento de la cola que lo elevó casi un metro y medio afuera de la tierra! Convencido, el pequeño pájaro por fin voló.

Esa madre sinsonte sabía algo que su hijo aún no había aprendido: Los sinsontes que se pasean, no sobreviven.

**UN PADRE SABIO SABE QUE:
El propósito final como padres
es ayudar a nuestros hijos
a salir de nuestro lado.**

¿Somos nosotros, los padres humanos, tan sabios como los sinsontes? Les damos a nuestros hijos educación, capacitación religiosa, seguridad, las vacunas y alimentos de los cuatro grupos. ¿Les enseñamos también las técnicas prácticas que literalmente necesitan para sobrevivir?

La paternidad es un papel más exigente de lo que la mayoría de nosotros sabe cuando nos comprometemos para ello. Un domingo, un nuevo padre se levantó en la iglesia y confesó: “Tener una bebé me está volviendo humilde. ¡No me había dado cuenta de lo egoísta que era! Tengo que alimentarla antes que a mí, caminar cuando quisiera dormir, y cambiar un pañal sucio cuando preferiría esperar que mi esposa llegara a casa y lo hiciera”. Acercando la nena, dijo: “Le doy gracias a Dios porque los bebés lloran. Cuando ella llora me obliga a anteponer sus necesidades a las mías”.

A medida que los niños maduran, sin embargo, la razón por la cual lloran, con frecuencia es muy diferente de lo que en verdad necesitan. Nos corresponde a

nosotros, los padres, saber qué es lo que en realidad requieren, y estar dispuestos a suplir esas carencias aun cuando esto exija sacrificar nuestro tiempo, o a veces hasta “mi forma de ser”.

Dorothy, la madre de dos adolescentes, dijo: “Creo que los padres de hoy necesitan enfrentar y asumir el control de sus hijos. En algunos hogares de los amigos de mis hijos, son ellos quienes tienen el control. Los padres pasan todo el tiempo tratando de hacer felices a sus hijos: Los llevan de un lugar a otro y nunca les piden que hagan algo en la casa. Pero depende de nosotros enseñarles a ser adultos independientes y autosuficientes. Es posible que ellos no sientan la necesidad de saber estas cosas, pero es nuestra responsabilidad enseñarles, quieran o no aprenderlas”.

Pensemos en varias buenas razones por las que necesitamos enseñarles a trabajar.

La necesidad de cuidarse así mismo

¿No le encantan las novelas en donde las familias tienen una cocinera, dos empleadas internas, un jardinero, un chofer, y una niñera que trae a los niños bien limpios a tomar el té de la tarde? Mi esposo a veces bromea diciéndome que eso era lo que yo esperaba del matrimonio. ¡Pero, ¡ay de mí, aún no lo he conseguido!

La vida jamás será así para muchos de nosotros, pero los hijos consentidos por sus padres pueden creer que así lo será. “Mi hijo está creciendo con la idea de que siempre tendrá a alguien que le recoja la ropa sucia”, admitió un padre.

Un reclutador del ejército, sacude su cabeza, diciendo: “Uno tiene que enseñarle a los soldados nuevos

todo hoy en día. No saben tender la cama ni embetunar sus zapatos. Escasamente saben limpiarse la nariz”.

En esta era de zapatos de velcro, hornos microondas, lavaplatos eléctricos, calculadoras de bolsillo, y programas de computador que revisan la ortografía, los niños, ¡y muchos padres! pueden no ver la necesidad de enseñar habilidades sencillas tales como hacer un nudo, cocinar y lavar los platos cuando no hay energía; cómo sumar un ingreso familiar y restar los gastos.

Un estudio realizado con 600 niños de primero de primaria hasta séptimo grado, reportó que cuatro de cada cinco de ellos decían hacer oficio regularmente. Pero un lector cuidadoso de la encuesta se pregunta, qué oficios hacían los niños. Apenas de la mitad (53 por ciento) en séptimo grado, se esperaba que ayudara con los oficios de la casa, y de sólo el 52 por ciento se esperaba que limpiara su propio cuarto. Menos del 33 por ciento había lavado alguna vez los platos o hecho algún trabajo de jardinería, y menos del 20 por ciento ayudaba en la cocina, con los mandados, o a poner la mesa. De hecho, se esperaba un poco más de los niños de séptimo grado que de los de grado tercero, excepto que unos cuantos de séptimo grado trabajaban en el jardín.

Pero, ¿cómo, sino con la práctica, puede aprender un niño a planear y cocinar alimentos balanceados, limpiar después de cocinar, comprar y cuidar del vestido, o cuidar una casa y un jardín?

UN PADRE SABIO SABE QUE:
*La única forma de aprender las reglas
de cualquier tarea práctica
es haciéndola.*

George MacDonald

Es bien raro, pero los niños nacen deseando ocuparse de sus propias necesidades. ¿Qué padre no ha tenido un pequeñito que con una cuchara en sus manos insiste: “¡Yo solo!” La mayoría de los niños de 2 años prefiere usar los zapatos al revés antes que permitir que usted se los ponga, y salir despeinados antes que dejarse peinar de usted.

Dada esa gran urgencia de los pequeños por manejar sus propias vidas, ¿cómo es que al final terminamos con tantos adultos jóvenes que no pueden hacerlo? Sería interesante que algún día se estudiara con precisión, cuándo y cómo el deseo de hacer las cosas uno mismo se transforma en un deseo de que otros las hagan para uno. ¿Comienza la quinta vez que el padre insiste en colocarle los zapatos al niño para llegar a tiempo a determinado sitio? ¿La décima vez que el padre insiste en alimentar al niño porque es más pulcro?

Al final puede que no sea más pulcro. Una pareja dejó un chico de 18 años solo en casa durante seis semanas. Regresaron y encontraron el lavaplatos lleno, y ropa sucia tirada desde la puerta de atrás hasta la cocina y por el corredor hasta su cuarto. ¡En realidad acababa de salir a comprar jeans nuevos porque ya no tenía limpios!

¿Dónde aprendimos los *padres* de hoy (o fallamos en aprender) a limpiar, cocinar, lavar la ropa, administrar el dinero, y un hogar? A lo mejor de nuestros padres, abuelos o de un profesor de economía doméstica. Hoy, la mayoría de abuelos vive demasiado lejos como para dar orientación en cuanto a las tareas del hogar, y las clases de economía doméstica han sido reducidas a seis semanas de duración en la escuela media. El currículo de bachillerato está demasiado

lleno de matemáticas avanzadas y ciencias, como para solicitar cursos sobre habilidades domésticas.

¿Quién tiene la responsabilidad de enseñarle a los niños técnicas prácticas para vivir? Únicamente los padres ocupados, que se involucran, aunque tengan mucho más que hacer.

Quizá le consuele saber que a los niños no les interesa aprender a trabajar. Una encuesta hecha a 250 niños de edad escolar demostró que el 97 por ciento de ellos pensaba que *deberían* estar colaborando con los oficios domésticos. Las familias que esperan que sus hijos realicen tareas en el hogar de manera regular, informan que ellos reciben menos quejas acerca de esos oficios que quienes les piden a sus hijos realizar sólo un trabajo ocasional.

María Montessori, pionera en el campo de la educación infantil, dijo: “El adulto, en nuestra cultura, no está preparado para reconocer y aceptar el deseo de trabajar del niño, y por consiguiente, no sólo se sorprende cuando esto sucede, sino que se niega a permitirle su expresión. Por el contrario, trata de forzar al niño a jugar continuamente. Los adultos tienen que aprender a reconocer el instinto del niño por el trabajo, y cooperar con él”.

La necesidad de servir en un equipo familiar

Cuando el autor John Rosemond le preguntó a una audiencia de 500 personas: “¿Cuántos de ustedes esperan que con frecuencia sus hijos hagan oficios por los que no recibirán paga?” Quizá 50 padres levantaron sus manos. Cuando él preguntó: “¿Cuántos de sus padres

esperaban que ustedes hicieran oficios?” Casi todas las manos se levantaron, y casi todos se rieron.

“Este no es un asunto divertido”, afirmó. “En el corto lapso de una generación nos las hemos arreglado para poner fuera de su lugar un principio muy importante en la crianza: Que los niños deben ser miembros *contribuyentes* de sus familias”.

El doctor Robert Barnes, consejero familiar y matrimonial, y director de un hogar para niños con problemas, dice: “En muchos hogares los padres creen que no vale la pena, por lo problemático que resulta, hacer que los niños realicen oficios. Pero tan pronto los niños aprenden a hacerlo, se sienten como miembros del equipo que trabaja para el bien de toda la familia. Eso los hace más maduros emocionalmente”.

En el lugar de trabajo, los expertos en administración del tiempo, urgen a los líderes a delegar funciones por cuatro importantes razones:

1. La delegación aumenta la efectividad, porque se hace más en menos tiempo.
2. La delegación deja tiempo para otras actividades.
3. La delegación enseña a tomar decisiones.
4. La delegación desarrolla las habilidades de otros, su iniciativa y su competencia.

Piense en esas razones desde el punto de vista de los padres y desde el de los hijos. La delegación de oficios caseros, ¿no es por lo menos tan importante como la delegación en los negocios?

Hacer parte de un equipo familiar también enseña varios importantes valores:

1. *La familia es una prioridad.* Una mañana, mientras trabajaba en este libro, una madre de tres hijos que había sido abandonada me llamó por teléfono llorando. “¡Lo que estoy viviendo es como una pesadilla! Mi esposo tenía un buen trabajo, y como no le gustaba, renunció. Ahora no pagaré las cuentas ni se responsabilizará por sus hijos. Cuando nos dejó se fue a casa de su madre, quien lo está cuidando, y como siempre lo ha hecho, le lava la ropa, le cocina, y hasta paga sus cuentas. Pero, ¿quién va a cuidar de sus hijos?”

Algunos culpan a la familia moderna por el aumento en los índices de divorcio. Después de haber estudiado la importancia de compartir las responsabilidades de la casa, en una familia, comienzo a preguntarme si no la tenemos como algo del pasado. ¿Es posible que una causa del alto índice de divorcio sea el fracaso de las familias, con uno o los dos padres, exigiéndole a sus hijos participar en el trabajo del hogar?

Con frecuencia, los padres disculpan a sus hijos que no participan en los oficios domésticos porque tienen demasiadas tareas escolares para hacer. Robert Barnes dijo: “A esos niños se les enseña que el trabajo es más importante que la familia. Cuando ellos sean adultos permanecerán en la oficina más tiempo, y descuidarán a sus familias, porque se verán a sí mismos sólo como proveedores de ellas, y no como parte de un equipo familiar. Asumir que los niños saldrán de la casa como adultos para desempeñar únicamente una profesión, y nunca el oficio doméstico, es iluso”. *Es criar niños que fundamentalmente son incansables.*

Bárbara, una ministra ordenada y madre de dos hijos, concuerda: “Todos necesitamos sentir que con-

tribuimos con nuestras familias y comunidades en los oficios domésticos, y realizarlos es una forma de aprender que uno y sus manos son importantes. No sólo contribuimos con el cerebro”.

A otros niños se les lleva a realizar muchas prácticas en equipo y actividades extracurriculares. A ellos los visten con ropas costosas, los envían a programas escolares de verano a Europa, y en general los tratan como a jóvenes de la realeza. Una madre justifica la no participación de sus hijos en los quehaceres domésticos con las tareas escolares, las clases de ballet, equitación, béisbol, baloncesto, y fútbol. “Hay tanto que hacer, y siempre están corriendo. Sólo quiero que crezcan bien adaptados”, dicen. ¿Estarán esos jóvenes bien adaptados para manejar los quehaceres y las rutinas diarias del adulto? ¿O se casarán esperando seguir su camino mientras alguien más, como su cónyuge, los cuida y los sostiene así como han estado tan acostumbrados? Sólo un milagro vuelve un niño criado como príncipe o princesa, en un cónyuge maduro.

Por lo tanto, nosotros los padres, no necesitamos únicamente capacitar a nuestros hijos, sino también orar porque sus futuros cónyuges estén siendo instruidos para que vean a la familia como un equipo que trabaja unido y se apoya mutuamente.

En mis entrevistas me di cuenta de que las familias que tenían sólo el padre o la madre, eran más propensas que otras a esperar que sus hijos funcionaran como parte del equipo familiar. “Tenemos que trabajar juntos”, me dijo un padre de tres hijos. “Si no fuera así, no se haría nada”. Los chispeantes comentarios de una encantadora niña de 13 años le dieron sabor a mi entrevista con su madre soltera: “¡Brooke mantiene

viva esta casa!” “¡Si no fuera por ella, este lugar se derrumbaría!” “¡Brooke es la señorita limpieza!”

2. *Las tareas domésticas son para todos.* Cuando escribía este libro, una amiga me envió un artículo del *Washington Post*, publicado en primera página, en el que se habla de *Nuevas Familias, No de Familias*. Es un estudio sociológico llevado a cabo en 1991 en cuanto a la “división doméstica del trabajo”. El análisis revela algo que la mayoría de nosotros ya sabía: Que actualmente los niños ayudan menos en la casa. Lo sorprendente es que, frente a las familias menos ilustradas, los padres mejor educados les asignan menos oficios domésticos a los niños, aunque los esposos instruidos los realizan con más frecuencia.

¿Hace falta algo en toda esa educación?

“Me impresiona el punto hasta el cual los hombres están interviniendo”, cita un artículo de la socióloga Frances Goldscheider de la Universidad de Brown. “Lo que encontré más alarmante... es que parece que los niños están abandonando todo”.

Estas familias parecen darle un bajo valor a las tareas domésticas. Una madre que administra un negocio de comidas le dijo a los entrevistadores: “Saber cocinar y limpiar no es necesario en la vida”. Ella misma hace el trabajo diario de administrar el hogar y su negocio. ¿Por qué esta madre trabaja tanto?

Cuando estaba investigando para *Women Who Do Too Much* (Mujeres que Hacen Demasiado), me sorprendió la cantidad de tiempo que las mujeres modernas, incluidas las profesionales que trabajan, gastan cuidando sus hogares. Leí varios libros sobre cómo

liberar a la mujer del estrés, y la mayoría de ellos sugería formas de hacer las tareas del hogar más eficientemente. *Ninguno* propuso otra solución más obvia: Asignar a los niños tareas en la casa.

Antes de que usted se muera de la risa, sé que enseñarle a los niños a hacer las tareas del hogar, y vigilarlos, aumenta el estrés, a corto plazo. Pero también sé que las familias que trabajan juntas sobre una base más frecuente, funcionan con mayor tranquilidad, a largo plazo, además de que generan menos estrés en uno o dos miembros. Si mi hijo de 12 años no estuviera preparando la cena esta noche, yo nunca podría terminar este capítulo a tiempo.

La labor familiar en equipo también ayuda tanto a los niños, como a las niñas a valorar el trabajo que requiere cuidar una casa. Un estudio de los niños y el trabajo, encontró que en forma abrumadora los niños desprecian las tareas domésticas diciendo que “no son trabajo”, porque quienes lo hacen no reciben salario. Ellos relacionan el “trabajo” con el “dinero”. “Las mujeres, madres en particular, según los niños, encabezaban la lista de los no trabajadores. Como un niño de seis años explicó: ‘Las mami no trabajan, sólo los papis’”. Los autores concluyeron: “Es obvio que muchos niños no tienen un concepto claro de que ser una ama de casa o madre es un ‘trabajo’”.

Muchos padres también desconocen el trabajo que acarrea cuidar una familia. En *Living, Loving, Leading* (Vivir, Amar, Dirigir), David Mains describe con humor cómo sus propios ojos fueron abiertos cuando su esposa, Karen, partió a un viaje misionero de seis semanas y le tocó hacerse responsable de la casa, y de sus cuatro hijos en edad escolar. “Cuando había pasado

más o menos un mes de mi aflicción, me sobrevino este nuevo pensamiento: Pienso que *lo que se debe hacer hoy, se parece mucho a lo que se debía hacer ayer*".

Los niños de hoy están creciendo en un mundo donde los hombres y las mujeres comparten cada vez más el cuidado de la casa. Un chico que no sabe cómo cuidar una casa se encuentra en una clara desventaja. Barnes dijo: "No hay oficios con género. Un niño no debe crecer pensando: 'No tengo que hacer esto porque soy un niño'. En nuestra sociedad, esa es una filosofía peligrosa".

3. *Servir a otros es importante.* Además de enseñarle al niño el valor de la familia, y a compartir la carga, hacer parte del equipo familiar es una manera de formarlo sobre la importancia de ministrar a otros. Anoche nuestro hijo menor atravesó serpentean-do un ático bajo para llevarle el cable eléctrico a su padre que estaba instalando un ventilador en el baño de los niños. El domingo su hermano limpió la mesa para que su padre y yo tuviéramos tiempo de atender a un invitado especial. Los niños deben aprender a interesarse por otros, y una familia proporciona muchas oportunidades para ello. Robert Barnes se ha inventado una palabra para decir qué sucede con los niños de quienes *no se espera que sirvan en la familia*: Se vuelven 'inministrables' (no aceptan un acto de cortesía o atención) y no están dispuestos a ministrar (atender) a otros espontáneamente.

La necesidad de desarrollar una ética del trabajo

La tercera razón por la cual debemos enseñarle a nuestros hijos sobre la importancia de colaborar, es que a quienes con frecuencia se le asignan oficios en la casa esperando que los hagan, aprenden rapidez, orden, diligencia, honestidad, seriedad, y una buena actitud hacia el trabajo. “El trabajo es una extensión de la personalidad. Es un logro. Es una de las formas como una persona se define a sí misma, mide su valor y su condición humana”.

Los niños que no aprenden a colaborar, como parte de un equipo de trabajo familiar, posiblemente no sean capaces, más tarde, de funcionar como parte de un equipo de trabajo. “Veo un cambio en los adultos jóvenes de hoy”, dice el administrador de una firma de personal, “que quieren saber lo que obtendrán de un empleo; beneficios, vacaciones, pero no piensan o no hablan de lo que ellos tienen para ofrecer”.

El sicólogo, a quien un centro estatal de rehabilitación le pidió tratar a hombres que eran considerados “no empleables”, encontró que ellos tenían una cosa en común: Ninguno había aprendido a trabajar en su niñez.

El padre de un hijo adulto hundió la cabeza en sus manos, mientras decía: “No puedo hacer que salga de la casa. Siendo franco él no logra mantener un trabajo el tiempo suficiente como para ganar el dinero que necesita para vivir por su cuenta”.

En 1972, la Secretaría para la Salud, Educación y Bienestar le comisionó a un grupo la tarea especial de estudiar el trabajo en América. Se temió que la

ética del trabajo estuviera siendo reemplazada por una ética del ocio. Para 1984, el 42 por ciento de los egresados en 1980, aún estaban “anidando” bajo el techo de sus padres; *¡cuatro años después de haberse graduado!* Además, cada generación de estudiantes universitarios estaba ahorrando menos y gastando más que las anteriores.

Si les preguntamos a los jóvenes adultos y a sus padres por qué continúa esa tendencia, dan una variedad de respuestas: “Ahora todo es más caro”. “Uno no puede arreglárselas con los salarios de hoy”. “Los buenos trabajos son escasos”.

Sin embargo, los jefes de personal tienen una historia diferente. “No se consiguen empleados jóvenes de buena calidad como lo hacíamos antes”, dijo Donna Clark, propietaria de Servicios de Personal Clark. “Algunos creen que este es un lugar a donde sencillamente pueden venir y jugar”.

Mi propia observación es: Que pocos adultos jóvenes quieren comenzar por abajo una carrera. Esto fue reiterado por John Richey de Alabama Power Company, cuando dijo: “Ellos no tienen tanta hambre como nosotros hace 30 años. Vienen aquí esperando asumir el mejor cargo inmediatamente. Se impacientan con el duro trabajo repetitivo que trae consigo aprender un oficio, y preguntan: ¿Por qué tengo que trabajar más duro que los demás?”

Parece que muchos adultos jóvenes también esperan arrancar al nivel acostumbrado en el hogar de sus padres: Carro nuevo, apartamento lujoso, cualquier aparato electrónico que se les antoje, y dinero para esquiar los fines de semana durante el invierno. ¿Y por qué no? Sus padres los enviaron a la universidad con

hornos microondas, televisores, equipos de sonido, juegos electrónicos y computadores. ¿Por qué tendrían que esperar menos cuando se gradúen? ¿Y por qué el trabajo debe interferir con lo que perciben como “la buena vida?”

Donna Clark dijo suspirando: “Coloqué a una joven sobresaliente en un empleo temporal que era la gran oportunidad de su vida. Si trabajaba 520 horas en la compañía, sería automáticamente contratada de tiempo completo y puesta en la nómina sin pagar ninguna cuota. Tenía muy buenas posibilidades de avanzar, todo estaba provisto para ella. Pero como se fue a vivir con algunos amigos, comenzó a quedarse fuera de casa hasta bien avanzada la noche, a llegar tarde al trabajo y a dejar que ellos vinieran a la oficina como si se tratara de una fiesta. Cuando la compañía la despidió, pensé que lloraría, pero ocurrió todo lo contrario: Se encogió de hombros y exclamó: ‘Bueno, pensé que así sucedería’. Cuando le dije que esas costumbres de trabajo quedarían en su registro como empleada, me miró como si yo estuviera loca”.

Trabajo arduo y responsabilidad son palabras pasadas de moda; pero como el pan y la mantequilla, siguen siendo importantes para la vida. Sin embargo, no son innatas en el ser humano, y tienen que ser enseñadas con mucho cuidado.

UN PADRE SABIO SABE QUE:
*Un niño es la única sustancia conocida
de la que puede hacerse
un adulto responsable.*

Thomas Lickona

“Cuando lo hacen bien”, dice Robert Barnes, “los padres se quitan del camino y logran que el niño sea personalmente responsable, pero deben incluir una consecuencia si los oficios domésticos no son hechos. Esto enseña cumplimiento y cómo ser responsable, prácticas fácilmente transferibles al mundo de adultos”.

La necesidad de preocuparse por el mundo

Los niños no sólo necesitan aprender a cuidar de sí mismos, también necesitan aprender a cuidar el mundo que les rodea. Bárbara indicó que la responsabilidad aprendida en la familia tiene ramificaciones globales: “El hogar es un buen sitio para aprender a hacer de su medio ambiente un mejor lugar. Si no aprendemos cómo cuidar de nuestro pequeño espacio, menos cuidaremos otros más grandes. Escuché a alguien decir que muchos de nuestros problemas gubernamentales aparecen porque los políticos en realidad son niños que nunca aprendieron a organizar lo de ellos mismos: ‘¿Qué va a hacer con este desperdicio nuclear producido por usted?’ ‘No sé, pero alguien más vendrá detrás de mí y lo arreglará’. Desde niños necesitamos aprender a ordenar nuestro propio desorden”.

Resumen

Que los niños hagan los oficios con frecuencia y trabajen como un equipo familiar, les enseña a preocuparse por sus necesidades personales. Cuidar el hogar y el jardín, valorar la unidad de la familia, respetar y servir a otros, aceptar el trabajo como parte importante de la vida y preocuparse por el mundo, les da una mejor

formación. Los niños que se integran en el equipo familiar también alivian el estrés de los padres ocupados.

¿Es importante todo esto? ¡Por supuesto que lo es!

¿Estarán felizmente de acuerdo la mayoría de los niños? Probablemente no.

Esta mañana nuestro hijo menor entró saltando en mi estudio. “Mami, ¿cuánto mides?”

“Uno cincuenta y siete”.

“Yo mido uno cincuenta y cinco”.

“¡David! ¡No *puedes* medir uno cincuenta y cinco! No estoy lista para que seas tan alto como yo”.

“Lo siento, mami”, dijo riendo presumidamente. “Crecer es una de esas cosas que simplemente no puedes controlar”.

El tiene razón. Crecer es una de esas cosas que no podemos controlar. Lo mejor que podemos hacer como padres es ocuparnos enseñándoles a nuestros hijos lo que deben saber; *¡sea que quieran aprenderlo o no!*

Antes de enfrentar el obstáculo de asignarles a nuestros hijos oficios domésticos, fortifiquémonos con un breve repaso de los “buenos tiempos” de la niñez de épocas pasadas.